



PEDRO SIMON

MADRID.— Esta es la historia de la bisabuela María, de la flautista Ostalinda y de 48 campeonas más, heroínas todas en pos de la igualdad. Ganado se tienen el cielo, si es que existe. También una alfombra señorial, bien extendida delante, para seguir andando el camino. «Vendía de puerta en puerta y alguna no me abría por ser gitana», comenta la bisabuela María, «y yo decía: ¡qué le voy a hacer si lo soy!».

Hablaron varias payas en la presentación del libro de ayer, *50 mujeres gitanas en la sociedad española*, entre ellas Miriam Tey, directora del Instituto de la Mujer. La excusa era el *Roman Nation Day*, el Día Internacional de los Gitanos. La voz se la damos hoy a las protagonistas.

► **Antonia, emigrante.** La carga de ser gitana tiene estas cosas. Antonia Fernández, por ejemplo, camina a sus 75 años con un brazo cuatro centímetros más largo que el otro. «Tuve que adaptarme a la pobreza. Si no vendíamos no comíamos. Las telas pesaban mucho. Eran todo algodón».

Andaba Antonia diariamente 10 horas por la provincia de Granada, descalza y sobre el barro, para vender. Sobre un hombro, un bebé. Sobre el otro, la mercancía. Camino adelante, la comida del día. Hasta que pensó que aquello no era vida para las niñas.

Emigró a Alemania y tuvo que dejar a sus hijas en España para que siguieran con los estudios. «En un viaje, en el aeropuerto, Paquita [su pequeña] se puso a llorar. No quería que fuesen analfabetas. Porque aquel que no sepa leer ni escribir es ciego», dice. «También les recordé que jamás cogieran ni un lápiz de la escuela, porque cualquier cosa que desapareciera sería su culpa por ser gitanas».

La mitad de la familia aquí. La mitad de la familia allá... Ahora lo cuenta con orgullo: Loli y Paquita

fueron las dos primeras gitanas universitarias de toda Granada. Y a doña Antonia, llena de orgullo, lo del brazo más grande o más pequeño le da igual.

► **María José, trabajadora social.** A la edad en la que los escolares payos se quejan porque el joystick de la videoconsola no funciona, María José Jiménez vivía con los suyos en una chabola al lado del río. El mundo era un libro cerrado entonces. La pizarra, el humildísimo firme del hogar. «Leía los periódicos o papeles que había por el suelo y, cuando mi madre venía de la feria, me enseñaba».

Entró en la escuela a los 12 años María José. Ese mismo verano se aferró a doña Pepita, una profesora jubilada que estaba sola. «Me ofrecí para acompañarla en sus

paseos si me daba clases en su casa». De aquellos paseos salió una selectividad con notable, una mochila a la espalda rumbo hacia Salamanca, dos carreras y una mirada gitana como para llenar de sol todas las chabolas del mundo.

Un día: «Llamaba por lo del trabajo».

—Lo siento, acabamos de coger a una chica.

Otro día.

—Ya no necesitamos a nadie...

Hasta que pudo empezar como trabajadora social en Vigo. Allí está codo con codo con colectivos gitanos. Habla de lo que pasa a este lado real de la videoconsola. «Tenemos casos de bebés ingresados por mordeduras de ratas en la cara. Existen los mismos problemas de chabolismo, no acceden a una vivienda digna, las niñas se man-

tienen muy poco en el sistema educativo. Estamos mal».

► **Carmen María, abogada.** Sucedió en un juzgado de Valencia. La cosa estaba caldeada. La juez soltó: «No voy a permitir un comportamiento de gitanos». A Carmen María Fernández, gitana como la madre que la parió y abogada estupefacta, se la llevaban los demonios: «Señoría, la letrada que está en el estrado lo es y considero que mi comportamiento es impecable».

Va a cumplir 32 años Carmen, licenciada en Derecho, diplomada en Teología y a puntito de acabar Criminología. Casada con un payo, con un bebé de meses, cultiva lo suyo: habla del respeto a los mayores, de la virginidad... Y del orgullo que ya le asomaba desde pequeña: «En el colegio me insultaban llamándome gitana. Yo les decía: 'Y tú paya! ¿Y qué?».

► **María Luisa, florista.** Su padre la retiró a los 11 años de la escuela. Su marido murió. La Justicia le dijo que no tenía derecho a una pensión después de que su esposo cotizase 20 años en la Seguridad Social. En las

ventanillas de la Administración, le espetaron que su matrimonio calé no tenía efectos legales («La pensión no te pertenece, no estabas casada»). «¿Y con quién estaba casada, con el vecino?». En los bancos le dijeron que no había créditos que valgan para quioscos de flores si no había ingresos fijos... Pero no pudieron con María Luisa. A la revolucionaria la conocimos en el día como *la Nena*. Y aprendimos lecciones inolvidables.

«Soy la primera que ha entrado en un juzgado para acusar y no ser acusada», cuenta esta vendedora ambulante, blandiendo su recurso en el Constitucional para exigir su pensión. «He leído unos 40 libros porque es la única forma de que pase el tiempo». ¿Que si espera justicia María Luisa? María Luisa se conforma con algo menos de dolor.

Gitanas sin fronteras

Azafatas, abogadas, maestras... Medio centenar de mujeres calés cuentan sus experiencias en una sociedad de payos



María Luisa Muñoz, vendedora ambulante de flores, en Madrid. / ANTONIO HEREDIA